

EN LAS RASGADURAS DE LA NUEVA AGENDA URBANA ¿POR QUÉ ESCINDIR LO URBANO DE LO RURAL?

Noelia Cejas
Mario Riso
María Rosa Mandrini
Guadalupe Huerta

CEVE, CONICET
CIECS, CONICET-UNC

noelia_cj@hotmail.com

Resumen

Conformamos un Grupo Interdisciplinario de Estudios sobre el Hábitat (GIEH) y en el marco del III Congreso Internacional de Vivienda y Ciudad entendemos que es relevante discutir los alcances de la NAU, por lo cual nos hemos propuesto desarrollar dos artículos complementarios. Este trabajo se articula con la ponencia: *La Nueva Agenda Urbana y las viejas relaciones coloniales*, y ambas da cuenta de parte de nuestras reflexiones actuales. En nuestra ponencia, nos proponemos reflexionar sobre la subordinación de lo rural a lo urbano en el esquema de pensamiento que plantea la Nueva Agenda Urbana (NAU). En ese marco, recuperamos aportes de Arturo Escobar y Michel Foucault a fin de abordar el discurso sobre el desarrollo. Posteriormente realizamos un trabajo de arqueología discursiva, recuperando los aportes de la Escuela de Chicago en la construcción del continuo folk-urbano. Con ese marco interpretativo, recuperamos discursividades disidentes: el contraevento al Hábitat III, “Todas las voces en Resistencia”, y el “Consenso Nacional para un Hábitat Digno”, entendiendo que se trata de enfoques que habilitan nuevas discusiones respecto de lo señalado en la NAU. Con estos elementos, proponemos pensar en metodologías situadas, como respuesta a los abordajes descontextualizados, y en la noción de territorialidades múltiples, como respuesta a los abordajes urbanocéntricos.

Palabras clave: Nueva agenda urbana - Habitar - Territorialidades múltiples

1. Introducción

Dado al trabajo de campo que realizamos, cuyo eje central es el hábitat de comunidades campesinas cordobesas¹, nos vemos fuertemente interpelados/as por la Nueva Agenda Urbana. La agenda se funda en tres principios, que permiten impulsar el desarrollo armónico de todas las ciudades: no dejar a alguna ciudad atrás (en su desarrollo), promover las economías urbanas sostenibles e inclusivas, y fomentar la sostenibilidad ambiental.

Rápidamente se nos presenta una pregunta: ¿es pertinente pensar de modo dissociado el impulso al desarrollo del hábitat rural y hábitat urbano? Esta pregunta guiará todo el artículo, en el que, adelantamos, intentamos superar esta escisión, tras el convencimiento de la importancia que implica

¹Las comunidades campesinas a las que nos referimos y con las que trabajamos involucran parajes de la región, pertenecientes a diversos departamentos: Pocho, San Javier, San Alberto y Tulumba.

avanzar en abordajes integrales de acceso al hábitat digno, superando enfoques descontextualizados y sesgados.

2. El discurso sobre el Desarrollo

La triada discurso-poder-verdad, constituida desde la perspectiva de análisis de discurso que aporta Michel Foucault (1999) nos permite entender la relevancia de aquello que expresa la Nueva Agenda Urbana. Para Foucault el discurso y el poder, comprendidos de manera imbricada, funcionan como una tecnología que entrama relaciones sociales. En ese sentido, el discurso permite legitimar perspectivas de mundo, distinguiendo lo verdadero de lo falso, lo central de lo periférico, lo relevante de lo irrelevante. Así, la idea de saber-poder remite a la idea de verdad. Conservemos estas nociones, cual dispositivo interpretativo de todo el artículo.

Tal como señalamos desde el resumen, esta ponencia se complementa con otro de los trabajos presentados en este Congreso Internacional sobre Vivienda y Ciudad, denominado *La Nueva Agenda Urbana y las viejas relaciones coloniales*. En ése trabajo abordamos con mayor detenimiento el espacio de enunciación de la NAU, procurando dar cuenta de algunos elementos discursivos allí señalados. Nos detendremos aquí en uno de ellos, expresado bajo la idea de *desarrollo* y sus implicancias en lo que remite a la relación entre los ámbitos urbano y rural.

Arturo Escobar (2007) analiza, desde una perspectiva foucaultiana, el discurso del desarrollo. Reconociendo la importancia de las dinámicas de discurso y poder en la creación de la realidad social, Escobar desmenuza la construcción que dio lugar al auge del “desarrollo” como modo de relación entre Estados Unidos y Europa, por un lado, y Latinoamérica, África y Asia, por el otro. Comprendiendo los discursos en torno al desarrollo como un régimen de representación, que surge en el marco de una coyuntura histórica, como es la segunda posguerra, y que se afianza junto al modelo neoliberal, especialmente en las últimas décadas del siglo XX. Entendemos que es pertinente recapitular esta perspectiva de análisis en articulación con lo expuesto —y lo invisibilizado— por la NAU.

Escobar va a señalar que el discurso sobre el desarrollo se mueve a sus anchas, cubriendo prácticamente toda la geografía cultural, económica y política de los llamados países tercermundistas; entre ellos, señala el discurso sobre el desarrollo rural, tema que nos interesa especialmente:

“Pero no todos los actores distribuidos a lo ancho de esta superficie tenían acceso a la definición de los objetos y al análisis de sus problemas. Estaban en juego algunos principios claros de autoridad, que tenían que ver con el rol de los expertos, con los criterios de conocimiento y competencia necesarios; con instituciones como Naciones Unidas, que detentaban la autoridad moral, profesional y legal para nominar objetos y definir estrategias, y con los organismos financieros internacionales que ostentaban los símbolos del capital y del poder” (Escobar 2007:81)

Vemos de qué manera, la construcción del discurso sobre el desarrollo, aplicado especialmente a países que *aún* no gozan de tal status, configura una red de actores capaces de erigir discursos válidos en torno al destino de regiones y/o actores cuya voz no es contemplada. Más allá, estos discursos prevalecen, componiendo modos de sujeción. En el sentido que nos propone Escobar, la NAU convoca a pensar en el *desarrollo urbano sostenible*, en esta línea nos preguntamos *¿Qué significa el desarrollo sostenible y qué dimensiones implica? ¿Qué lugar ocupa el hábitat rural en la idea de construir un futuro inclusivo, sostenible y resiliente propuesta por Naciones Unidas?* En las últimas décadas, germina un cierto interés político a nivel mundial por promover el respeto del medioambiente, fundado en el reconocimiento de sus límites y potenciales y en la promoción de una alianza naturaleza-cultura. Sin embargo consideramos que sería importante abrir la noción de sostenibilidad hacia otros campos, trascendiendo lo material-ambiental, y en ese sentido, integrar también la voz de otros actores.

Nos interesa preguntarnos por cierta arqueología discursiva de la distinción entre el hábitat rural y el urbano, sobre el proceso por el cual sedimenta el esquema de pensamiento que, sobre esa inicial distinción, luego jerarquiza la experiencia de vida urbana sobre la rural y constituye a esta última como subsidiaria de la primera o como modelo imperfecto de la misma. Esa arqueología no puede menos que recoger aquello que está allí dado en la superficie de lo que se dice, de los enunciados mismos. La verdad en la historia se desplaza de la estricta pretensión de decir lo que es y lo que hace para centrarse en lo que se dice. Esto es central en Foucault, la relación discurso-poder tiene que ver

con erigir un saber como sinónimo de verdad. Desde ese momento la verdad deja de ser el acto de mera enunciación para predicarse del enunciado mismo.

Es decir, se puede dudar del grado de desarrollo de una región, sin dudar del discurso del desarrollo en sí. Este se ha instalado en el sentido común de una manera tan definitiva que clausura, monopoliza, impide imaginar y recrear los términos para nombrar el desenvolvimiento de los diversos modos de habitar. Es una categoría, inmediata y última a la vez, cuando se trata de territorio. Es el tamiz inamovible anterior al abordaje de cualquier territorio: ¿Cuán desarrollado está? ¿Posee conectividad con los centros urbanos más importantes de la región? ¿Qué grado de tecnificación poseen los habitantes permanentes? ¿Con qué infraestructura de servicios y equipamiento cuentan? En definitiva, interesa saber qué “oportunidades de desarrollo” tiene el territorio y así se constituye el destino final de gran parte de las elaboraciones académicas y estatales: ¿Cómo desarrollar la región? ¿Qué tecnologías pueden incorporarse para incrementar la producción? ¿Qué se requiere para alcanzar el desarrollo? En sí mismo, el desarrollo puede pretender y ser benéfico para una comunidad o región. Sin embargo, lo que instala en el sentido común es la imposibilidad de existencia equitativa con otros modos de habitar. El lenguaje conserva entonces numerosos vestigios del efecto performativo del concepto de desarrollo sobre el territorio, y nos interesa realizar cierta arqueología de la separación entre lo urbano y lo rural.

3. El continuo folk-urbano, arqueología desde los aportes de la Escuela de Chicago

Amalia Signorelli en su *“Antropología Urbana”* (1999), refiere a la imposibilidad de establecer una sólida problemática teórico-metodológica fundada en los estudios Italianos. En ese entramado heterogéneo recupera el trabajo de la Escuela de Chicago de comienzos del siglo XX que ha plasmado una fuerte impronta tanto en Europa como en Latinoamérica a la hora explicar el fenómeno urbano contemporáneo. Al respecto, Signorelli hace referencia a estas piezas arqueológicas que conserva el léxico actual que constituyó parte esencial de la reflexión europea sobre la ciudad.

“Vale la pena aún notar que la oposición ciudad-campo ha sido a menudo revestida con fuertes implicaciones de valor como equivalente de innovación-conservación, libertad-sujeción, progreso-reacción; pero también al contrario, como hemos ya visto, como equivalente de degradación-integridad, corrupción-honestidad, aislamiento-pertenencia y así sucesivamente” (Signorelli, 1999:34).

Signorelli aporta buenas razones para comprender cómo la contraposición ciudad-campo ha sido utilizada por diversas vertientes sumamente contrapuestas debido a su estatus epistemológico débil.

Por un lado las teorías urbanas de inspiración marxista, fundamentan la diversidad propia de la ciudad en función de las modalidades de participación en el ciclo productivo y en las formas de la enajenación-apropiación del excedente. Para la corriente inaugurada por la Escuela de Chicago, lo diverso de la ciudad se debe más al carácter relacional de las experiencias urbanas y la necesidad de entrar y salir continuamente de relaciones sociales numerosas, breves y superficiales (Signorelli, 1999:21).

Adrián Gorelik en *“La Aldea en la Ciudad. Ecos de un debate antropológico”* (2008) no difiere con Signorelli a la hora de rescatar la fuerte impronta de la Escuela de Chicago en la comprensión local de los procesos urbanos. Sin embargo, sólo Gorelik destaca un aspecto de suma importancia regional en la escala Latinoamericana: cómo la teoría moderna del desarrollo se vale de la concepción de cambio social contenida en las ideas de un continuo “folk-urbano” de Robert Redfield de esta escuela. Redfield, instalado en la península de Yucatán y Guatemala, y en el intento de abandonar los pares dicotómicos heredados de la etnografía, desarrolla esta idea de una continuidad entre la vida rural y la urbana valiéndose de cierta evidencia de una evolución hacia un espacio civilizado directamente asociado a la cercanía o lejanía con los modernos núcleos urbanos. Es notable lo pregnante de esta idea, aún en la actualidad, ya que el planteo que le subyace supone tanto un modelo lineal como una relación secuencial entre dos escenarios que se presentan como estadios de un mismo fenómeno: habitar.

Corre el año 1941, en "The Folk Culture of Yucatan", Redfield, extrapola a nivel de verdad de aplicación universal, la continuidad evolutiva de cuatro conglomerados semiurbanos de México:

<< "todos los hombres vivieron en un tiempo en pequeñas sociedades folk" y todos se encaminan hacia esa otra forma, tan reciente y novedosa -si se considera "la larga historia del hombre sobre la tierra"- que es la sociedad urbana >> (Redfield en Gorelik, 2008:75).

Con este enfoque, el investigador toma cuatro poblados en cuatro supuestos momentos evolutivos desde el entorno rural al urbano e induce de estos pocos particulares, un universal con evidencia científica y por tanto representativo para cualquier región, época y cultura.

De este modo Gorelik, al igual que Signorelli, da cuentas de otros pares dicotómicos de esta Escuela de Chicago, ahora derivados de una continuidad entre un espacio originario-rural y otro civilizado-urbano:

"Así postuló que los pares aislamiento-homogeneidad / comunicación-heterogeneidad constituirían, dentro de un conjunto de variables interdependientes, la polaridad dominante, porque de ella dependían otras, como organización / desorganización de la cultura; sacralidad / secularización; colectivismo / individualismo" (Gorelik, 2008:75).

Del lado del campo, aislamiento, homogeneidad, desorganización, individualismo. Del lado de la ciudad, comunicación-heterogeneidad, organización, colectivismo.

Dentro de la misma tradición de la Escuela de Chicago, Oscar Lewis, realiza una revisión de los trabajos de Redfield, hacia 1943, dónde somete a prueba este supuesto "continuo" folk-urbano ya no tomando cuatro comunidades que representaban cuatro estadios consecutivos de evolución, como lo hiciera Redfield, sino, siguiendo la experiencia migratoria de dos familias desde Tepoztlán hacia un vecindario de la ciudad de México. Lewis utiliza por primera vez una categoría que le valió la fama: "cultura de la pobreza" y lejos de hallar los fenómenos planteados por sus antecesores de Chicago: anonimato personal, aislamiento individual, o desorganización social reconoce en el proceso de adaptación situaciones completamente opuestas a estas. A su vez, mientras la escala de análisis de sus maestros se concentró en los pequeños y medianos poblados de México, él hace foco en las pequeñas comunidades, "vecindades", que "recrean, en el nuevo medio urbano, un universo cultural completamente semejante al de la procedencia" (Gorelik, 2008:76). Lewis trabaja elaborando un modelo de proceso dentro mismo de la ciudad gracias a la forma "rural" del habitar de los recién llegados. Emancipa el problema de la ciudad de su continuidad o discontinuidad con el campo. Podría decirse que desde aquel momento a la hora de pensar en los problemas de la ciudad, la academia, los gobiernos, las empresas y muchas organizaciones sociales (no todas) no salen de la ciudad misma. A partir de estos eventos el pensamiento y acción sobre la ciudad se repliega sobre sí mismo.

La exhaustiva revisión de Gorelik nos permite saber que no fue casual el acento sobre las pequeñas comunidades de inmigrantes que hacía extender de manera ilimitada la conurbación de los grandes centros urbanos. Los estudios de la ciudad hacia el 1950 debían responder a los problemas de hábitat en los márgenes de la ciudad que ya no consistían en un simple aumento homogéneo de la tipología habitacional existente, sino la aparición masiva de las villas y las favelas. La academia es entonces emplazada a producir soluciones a los problemas secundarios que hicieran sostenible el modo de producción vigente.

Tanto Lewis como Matos Mar en Lima, Pearse en Río de Janeiro y Gino Germani en Buenos Aires presentan sus investigaciones en el "Seminario sobre problemas de urbanización en América Latina" de 1959, patrocinado por la UNESCO en Santiago de Chile.

La preocupación original de la Escuela de Chicago por la *Aldea*, ahora reemplazada por la *vecindad* desde Lewis, y devenida en *villa miseria* o *favela*, es asumida inicialmente sin filtros en la discusión Latinoamericana, intentando sostener el fenómeno de la favela en tanto estadio temporal en ese continuo folk-urbano de Redfield. Resulta claro que la consistencia teórica de la Escuela de Chicago no soportó la evidencia del fenómeno de favelización. Se intentó sostener como estadio precario híbrido, mezcla de vivienda rural emplazada en los bordes y vacíos internos que no avanzaba hasta convertirse en ciudad. La villa miseria desarticula la secuencia temporal misma, la congela en el primer peldaño. Apenas iniciada la migración, lejos de continuar hacia algún tipo de evolución se cristaliza en una formación espacial inaceptable. Por esto Lewis es el primero en hablar de "cultura de la pobreza", la pieza que no encaja, que detiene el tiempo de la pretendida secuencia.

Matos Mar da cuenta de esta falencia teórica, se aparta del paradigma evolutivo y presenta el fenómeno como un reflejo del desequilibrio en las estructuras económicas y sociales nacionales debido a una excesiva migración andina hacia la ciudad. A pesar de esta razonable disidencia Matos Mar y Pearse no rompen con la autorreferencia urbana y definen la favela como una *“intrusión de viviendas de tipo rural en el sistema urbano de vida.”* (Gorelik, 2008:79)

Tanto Signorelli como Gorelik coinciden en más de un pasaje, en que La Escuela de Chicago basa sus modelos de explicación en una excesiva simplificación. El efecto sobre el nacimiento de los paradigmas del desarrollo que forjaron estos antecedentes fue de tal envergadura que determinaron y continúan hoy determinando las políticas sobre hábitat tanto rural como urbano. A modo de ejemplo local, el “Plan de Desarrollo del Noroeste de Córdoba” -como otros planes de acción estatal destinados a intervenir en el hábitat rural- es tributario conceptual y en sus efectos territoriales de esta línea de trabajo.

Este recorrido de Gorelik y Signorelli nos permite develar de qué manera la enorme dedicación, construcción y desarrollo de “la ciudad” como objeto de estudio, desde esta escuela sociológica de comienzo del siglo XX, suma casi ya cien años de esfuerzos continuos en posicionar a la ciudad como destino final ineludible de los modos de habitar contemporáneos. Cuando la agenda de la NAU propone *“un cambio de paradigma basado en la ciencia de las ciudades; establece normas y principios para la planificación, construcción, desarrollo, gestión y mejora de las zonas urbanas en sus cinco pilares de aplicación principales: políticas urbanas nacionales, legislación y normativas urbanas, planificación y diseño urbano, economía local y finanzas municipales e implementación local”* (NAU, 2017:8) lo hace siempre dentro del pensamiento anónimo y constrictor del desarrollo y la escisión rural-urbano. La NAU nunca pone en tensión al desarrollo mismo y sus efectos de verdad que sostiene como un hecho revelado a la ciudad como estadio evolutivo avanzado y ya completamente escindido de la ruralidad.

De hecho el texto de la agenda afirma *“La Nueva Agenda Urbana incorpora un nuevo reconocimiento de la correlación entre la buena urbanización y el desarrollo. Subraya los vínculos entre la buena urbanización y la creación de empleo, las oportunidades de generar medios de subsistencia y la mejora de la calidad de vida, que deberían incluirse en todas las políticas y estrategias de renovación urbana* (NAU, 2017:8).

En nuestra hipótesis, la misma obsesión que lleva a estos grupos de trabajo a sostener los planteos de los problemas de la ciudad como acontecimientos aislados de los fenómenos de degradación de la calidad de vida rural, se despliega con una fuerte voluntad de obturación; un encierro de la discusión y producción de nuevos saberes / posibilidades de acción en los claustros de “lo urbano”; una perspectiva urbano-céntrica autorreferente que confina la idea de una ciudad en problemas con la elaboración infinita de posibles soluciones orientadas a la resiliencia y la adaptación. Finalmente, este desgarramiento entre lo urbano y lo rural constituye una poderosa clave para comprender cómo la enorme infraestructura teórico-académica y de planificación urbana posee tan poco impacto real -entiéndase: beneficioso- sobre la creciente degradación del hábitat popular, tanto urbano como rural sin distinción.

4. Todas las Voces en Resistencia y Consenso por el Hábitat Digno

“Siempre existe, en Said, la sugerencia de que el poder colonial es de posesión total del colonizador, dadas su intencionalidad y unidireccionalidad” (Homi Bhabha, 1990: 77).

Iniciamos este apartado tomando esta observación sobre el famoso texto, *“Orientalismo”*, de Said. Allí, Homi Bhabha invita a evitar toda lectura lineal, en una versión simplificada de la compleja realidad. En ese sentido, rescatamos especialmente las definiciones que emergieron de otros espacios de debate en torno al Hábitat, no alcanza con señalar los órdenes dominantes de la producción discursiva, o su voluntad de dominación; es necesario identificar y fortalecer las discursividades que constituyen modos de resistencia, pregoneras de otro mundo posible.

“Todas las voces en resistencia” constituye el contraevento, organizado en paralelo, a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Vivienda y Desarrollo Urbano Sostenible “Hábitat III”. El mismo se celebró entre los días 17 y 20 de octubre de 2016 en Quito, Ecuador. Nos interesa señalar

este encuentro alternativo, dado a que se propone la construcción de propuestas “desde los sectores populares y desposeídos del mundo, para cuestionar el modelo urbano global basado en la alianza gubernamental con el capital que no busca el bienestar humano, sino el crecimiento de los grupos de poder”². Este contraevento procuró poner a la luz la perspectiva sesgada con que se constituyó la agenda del encuentro Hábitat III, marcado por la agenda neoliberal (esquema económico-político del mundo moderno colonial). Entre otros aspectos, se señaló que existe un vaciamiento de sentido respecto del hábitat, invisibilizando problemáticas propias de los sectores rurales: “No debe hablarse de una agenda urbana sino del desarrollo de un hábitat digno y respetuoso de los derechos tanto en el campo como en la ciudad”, señala el investigador español de temas urbanos Manuel Bayón, miembro del comité organizador. Esta simple afirmación condensa elementos por demás destacables que también son tratados en otros espacios disidentes.

En ese sentido, Argentina cuenta con un foro multisectorial que ha presentado un documento denominado “Consenso Nacional para un Hábitat Digno” (CELS, 2017). En él se postulan diez propuestas de políticas públicas, orientadas a la consecución del -tantas veces mentado- Hábitat Digno. Desde la introducción el texto plantea el vínculo inexorable entre el hábitat rural y el urbano:

La falta de acceso a un hábitat digno es un problema estructural, persistente y extendido en Latinoamérica y también en la Argentina que afecta a los *sectores urbanos populares, amplios sectores de las clases medias, a los campesinos y a las comunidades indígenas*. Las dificultades que atraviesan cientos de miles de personas para acceder a una vivienda digna, en condiciones justas en las que desarrollar su vida, a una tierra en la cual trabajar y habitar de manera comunitaria, se explica en los *modelos de desarrollo territorial* regidos por mecanismos excluyentes del mercado y en las políticas públicas erráticas e insuficientes (CELS, 2017:10; la cursiva es nuestra).

El texto pretende señalar cuatro de las realidades sociales que sufren la falta de acceso al hábitat digno: comunidades residentes en sectores urbanos populares, tales como villas de emergencia o todo tipo de asentamiento precario; los pobladores de clases medias, sometidos a los dictámenes del mercado inmobiliario que regula unilateralmente los costos de alquilar; las poblaciones campesinas, sometidos a la expansión de la frontera agrícola y las comunidades indígenas, cuya cosmovisión del habitar no parece tener lugar en las definiciones territoriales marcadas por la agenda neoliberal.

Comprender las problemáticas vinculadas al hábitat requiere de una mirada integral, capaz de advertir la multiplicidad de expresiones que adquiere la imposibilidad de acceder a un hábitat digno. En ese sentido, modelos exógenos de desarrollo tanto como modelos que segregan las problemáticas del hábitat urbano respecto del rural (y viceversa) hacen poco por su resolución, esto se hace aún más evidente ante fenómenos que inhabilitan esta dicotomía campo-ciudad, territorialidades diferentes como lo es el periurbano (también denominado rur-urbano) o los procesos de urbanización en el campo (conocido como proceso de rurbanización), cuyo carácter esencial es el de interpenetrar las fronteras de una y otra definición (Cimadevilla, 2007). Esencializar formas de habitar, creemos, hace poco por la comprensión de procesos eminentemente dinámicos.

En base a lo señalado, intentamos poner de relieve una idea sobre las territorialidades múltiples, reconociendo al territorio como el soporte de múltiples discursividades, es decir, múltiples territorialidades. El espacio, nos recuerda Milton Santos (1997), es al mismo tiempo forma y contenido; no es posible escindir los sentidos (discursos) que aloja un espacio o territorio de los condicionantes que el propio escenario impone a toda producción simbólica que remita al mismo. Así, espacio y sociedad son dos planos de un mismo fenómeno. No existe un espacio “no significado” socialmente. El espacio, entonces, puede comprenderse como construcción social que resulta de operaciones que aquí comprendemos desde la perspectiva foucaultiana de discurso-poder y que, en ese sentido, nos interesa advertir en su multiplicidad.

Para Santos, “el modo de producción sería el género cuyas formaciones sociales serían las especies” (1996: 21). La ciudad es entonces una formación social de un modo de producción que modela simultáneamente campo y ciudad. Para ser más precisos, la formación social es “una estructura técnico-productiva expresada geográficamente por una cierta distribución de la actividad de producción.”

² Así se expresa el denominado “Comité Popular por Nuestros Territorios”, constituido en el país anfitrión.

El desarrollo de las ciudades, explica Santos, estuvo ligado a la expansión de las actividades de intermediación. Hacia la mitad del siglo XVIII en los llamados países desarrollados, la producción de máquinas y la concentración de los trabajadores en la cercanía de las fábricas, produjo un crecimiento importante de las ciudades. Finalmente los fenómenos actuales de altísima tercerización impulsó nuevamente a los centros urbanos desarrollados pero especialmente generó una explosión en los llamados países del tercer mundo “donde la selectividad espacial en la localización de las variaciones modernizadoras se volvió acumulativa” (Santos, 1996: 59).

Retomando elementos que ya hemos señalado, el espacio para la Escuela de Chicago, es simple escenario, soporte infraestructural para la instalación de un modo de habitar basado en una necesaria densidad. Para Santos, en cambio, el espacio es siempre territorio y posee la estructura de un palimpsesto. Es acumulación de capas de trabajo tras trabajo propio de un modo de producción dependiente de una formación socioeconómica propia de un tiempo. Latinoamérica nace como una formación socioeconómica dependiente. Por ejemplo, el lugar de Argentina, en la división internacional del trabajo como proveedora de materias primas y alimentos, geografiza una red de ferrocarriles al servicio de la extracción de alimentos para una Europa ya industrial y luego en guerra. Las formas geografizadas son los lenguajes de los modos de producción. El ferrocarril no se hizo para unir ciudades simplemente, sino más bien para llegar a las zonas productivas diferenciadas. De hecho gran parte de los pueblos y ciudades del país se fundan en función del trazado del tren.

5. Territorialidades Múltiples: materialidad y subjetividad

El mandato en torno al desarrollo, entendido como un horizonte de movimiento lineal, en el que algunos países se encuentran más avanzados y otros en vías de conseguirlo, tal como se señaló anteriormente, prescribe formas de existencia que afectan a pueblos enteros reivindicando matrices vinculares de dominación y control. Esto, como hemos visto en el ejemplo concreto de los encuentros en torno al Hábitat III, siempre se conforma por continuas estrategias de resistencia que emergen desde territorialidades silenciadas, marginadas.

Esos planos diferenciados, dado su lugar de enunciación, entendemos que constituyen diversas territorialidades y lo vinculamos a la idea de “re-existencia” que presenta el geógrafo brasileño Porto Gonçalves. El autor plantea esta categoría para nombrar los múltiples campos de la vida -con su complejidad y su densidades específicas- donde se construyen y confluyen relaciones, atendiendo especialmente a las tensiones y los conflictos como “avances y retrocesos, huidas, saltos y el volver a empezar propio de enfrentar las asimetrías de la dominación, habitualmente en situación de inferioridad” (Porto Gonçalves, 2016). En esa re-existencia, identifica comportamientos territoriales que otorgan sentido a las comunidades que lo habitan, algo que el autor reúne bajo la idea de “identidad territorial en movimiento” para denominar aquellos planos que conforman lo que, para nosotros, constituye el hábitat: materialidad y subjetividad, saberes situados que desafían la persistente vorágine moderno-colonial en su expresión neoliberal.

Dicho en nuestras propias palabras, entendemos las territorialidades múltiples como expresiones, materiales y subjetivas, de formas de habitar disidentes. Formas de habitar que resisten a las formas prescriptas desde los espacios de poder-saber. Estos lugares de resistencia constituyen las heterotopías, los lugares otros de un régimen geográfico de la verdad. Si la utopía es el lugar imposible, inviable, las heterotopías son los lugares posibles, incluso existentes, aunque disruptivos de la centralidad urbana. Son el contrapunto incomprensido, el territorio sobreutilizado como fuente infinita de espectacularización de la pobreza desgarrada en insumo de prensa.

En ese sentido, la NAU constituye un documento prescriptivo (aunque no necesariamente vinculante) que invisibiliza formas territoriales, entre ellas el habitar propio de las comunidades campesinas. Si bien comprendemos que existen problemáticas que son específicas de las urbes, entendemos que este tipo de encuentros, como son las cumbres de Hábitat³, reúnen la oportunidad y la responsabilidad de asumir lecturas tendientes a la integralidad. La vieja escisión campo-ciudad, donde la ruralidad aparece como un modelo de hábitat subsidiario, incluso de segundo orden -

³ Hábitat I, celebrado en Vancouver en 1976; Hábitat II, celebrado en Estambul en 1996, y Hábitat III celebrado en Quito en 2016.

imperfecto respecto del hábitat urbano, el modelo avanzado de habitar- compone una serie de derivaciones por demás problemáticas.

Recuperamos aquí la operación de aprendizaje que Gorelik señala. Es interesante el proceso que hace Lewis al recuperar el planteo de continuidad “folk-urbano” de Robert Redfield, e intentar comprender procesos de habitar en América Latina. Sin embargo, Lewis advierte que algunas categorías de esa continuidad no son las que mejor explican el proceso de la región, a pesar de que si permitían explicar el proceso de urbanización europeo y en su lugar propone nuevas nociones: villa, favela. Matos Mar es quien, según recupera Gorelik, prefiere dudar de esa idea de continuidad a fin de advertir la complejidad del proceso de cristalización de las favelas en Brasil. Con esto queremos decir que necesitamos dudar de la idea de desarrollo propuesto desde espacios poco proclives a entablar un diálogo profundo con las comunidades que habitan formas territoriales tanto diferentes como vinculadas a las grandes urbes. Esto implica el reconocimiento de diferentes problemáticas existentes en diferentes territorialidades, al mismo tiempo que las dinámicas de interjuego entre las mismas. La agenda neoliberal no exime a ningún territorio de sus alcances (lo explicito o no) y es necesario hacer una lectura crítica de este modelo de manera integral. Hoy, los conflictos en territorios rurales están signados por la exploración y explotación minero-energética, los emprendimientos inmobiliarios, las áreas de reserva natural, la urbanización y construcción de infraestructura turística, así como la producción de *commodities* agrícolas. Hoy los espacios rurales se han convertido en territorios de disputa del capital en contra del trabajo y de la vida (Tobasura Acuña, 2014). De tal modo que todo ejercicio que se pretenda prescriptivo, específicamente documentos como lo es la NAU -cuyo efecto más esperable es el de incidir en políticas públicas de hábitat- podrían ser más efectivos si pudieran establecer metas emergentes del propio territorio y sus comunidades.

6. Conclusiones

Lo expresado en este artículo nos permite poner de relieve un elemento, de carácter político, sumamente inquietante: la invisibilización del hábitat rural contribuye a la extensión de la lógica urbana como discurso referencial del hábitat en general. El vaciamiento de las discusiones en torno al hábitat rural en el Encuentro Hábitat III, y su expresión en la llamada Nueva Agenda Urbana, constituye y contribuye a tecnologías de gobierno que no observan en el medio rural más que espacios subsidiarios de las demandas y efectos del medio urbano para su desarrollo: suministro de alimentos, materias primas, energía o insumos de diverso tipo que la ciudad requiere para su funcionamiento y las consecuencias de la concentración en el medio rural, hoy llamado “huella ecológica”.

Esto da cuenta que el lugar que sigue ocupando el hábitat rural en la idea de desarrollo sostenible es un espacio de prestación para sostener el ámbito urbano. Centrados en esta idea, consideramos que en tanto no se tenga en cuenta a los entornos rurales como otros espacios posibles de habitar dignamente, la idea de sostenibilidad de estos espacios-servicios de lo urbano experimentará su extinción próximamente.

Consideramos necesario entonces, que desde los organismos encargados de estudiar, discutir y promover un “futuro inclusivo, sostenible y resiliente”, se incluyan las realidades urbano-rurales en toda su complejidad, politizando el territorio y poniendo fin a la idea de ciudad como objeto aislado. Creemos en que en la medida en que se avance con abordajes integrales según las particularidades de cada medio -urbano y rural-, desde trabajos de investigación e implementación comprometidos y contextualizados, respetando los rasgos culturales y simbólicos de cada comunidad, es que se podrá caminar hacia la idea de un hábitat digno, inclusivo y sostenible. Explorar en las rasgaduras de la NAU, supone una oportunidad de abrir caminos para repensar esas definiciones.

BIBLIOGRAFÍA:

- CIMADEVILLA, G. (2007). De la dicotomía urbano-rural a la emergencia urbana. Momentos y movimientos. *Esboços - Revista do Programa de Pós-Graduação em História da UFSC*, 12(13), pp. 51-71. doi:<https://doi.org/10.5007/%x>.

- BHABHA, H. (1990). "The Other Question, Difference, Discrimination, and the Discourse of Colonialism", en *Out There, Marginalization and Contemporary Cultures*, Russell Ferguson, Martha Gever, Trinh T. Minh-ha, y Cornell West, eds., págs. 71-89, Nueva York, The New Museum of Contemporary Art, y Cambridge, MIT Press.
- CELS (2017). "Hábitat Digno: diez propuestas de políticas públicas" 1° ed. Buenos Aires
- ESCOBAR, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Fundación Editorial El perro y la rana. Caracas, Venezuela.
- TOBASURA ACUÑA, I. (2014). El reto de la sociología rural latinoamericana hoy: producir conocimiento situado. REVISTA ALASRU. Análisis Latinoamericano del Medio Rural nueva época no.10.
- FOUCAULT, Michel. (2007), *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XIX editores.
- PORTO GONÇALVES, C. y HOCSMAN, Luis D. (2016). *Despojos y resistencias en América Latina*, Abya Yala. 1ª. ed. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- SANTOS, M. (1997). *La naturaleza del espacio: técnica y tiempo, razón y emoción*.
- SANTOS M. (1996). *De la Totalidad al Lugar*, Oikos-tau.
- SIGNORELLI, A. (1999). *Antropología Urbana*, Anthropos, 1996 edición original, 1999 edición en español.
- GORELIK, A. (2008) "La aldea en la ciudad. Ecos de un debate antropológico"; *Revista del Museo de Antropología* N° 1. Universidad Nacional de Córdoba. Pp.73-96.

Otras fuentes

- NAU (2017). *Nueva Agenda Urbana, Hábitat III* (Quito, Ecuador, 2017). Disponible en: <http://habitat3.org/wp-content/uploads/NUA-Spanish.pdf>

ISBN 978-987-4415-46-2

